

①

Puerto Rico, la última colonia

José Monleón

EL tema de Puerto Rico sigue formando parte, de algún modo, de la historia de España. No importa que en el 98, con el Tratado de París, abandonáramos aquellas tierras; de hecho la larga etapa en que Puerto Rico fue colonia española nos impone una serie de responsabilidades históricas. De la colonización extrajo el pueblo puertorriqueño diversos valores culturales, ya inseparables de su entidad nacional, con el idioma en primer término; de la colonización recibió también una serie de violencias y humillaciones, culminadas con ese traspaso de soberanía entre España y los Estados Unidos hecho totalmente a sus espaldas. Si contra la dominación española no faltaron las protestas, los movimientos políticos y aun las acciones armadas —desde José Martí al Grito de Lares, que proclamó, el 23 de septiembre de 1868, la primera República de Puerto Rico, prontamente aplastada por la superioridad militar de las fuerzas españolas—, la historia de la lucha puertorriqueña contra la colonización norteamericana es, en el cuadro de la evolución internacional y el desarrollo ideológico de las clases populares, aún mucho más nítida y activa.

Si a ello agregamos la presión de los Estados Unidos, a través de su diplomacia y de sus poderosas agencias de prensa, para marginar el tema de la independencia de Puerto Rico, nos encontraremos ante un conjunto de circunstancias que deberían despertar en la conciencia de la España democrática —pues, ya es sabido que hay una España que no lo es— la necesidad de informar con extensión y claridad. Si, en términos generales, la «cuestión puertorriqueña» aparece tantas veces en las deliberaciones de los países no alineados y en



¿Serán ya éstos unos ojos para la independencia? ¿Sonreirá esta niña portorriqueña porque presente que su país se verá un día libre del imperialismo americano? Son preguntas retóricas, sí, pero que nos acercan a la realidad de una nación colonizada.

la reflexión y la pluma de cuantos ven en la «descolonización» uno de los signos positivos de nuestro dudoso tiempo histórico, razón de más para que los españoles nos ocupemos de ella con especial atención.

René Marqués, inspirándose en autores anteriores y en su propia observación, insistió, en un polémico trabajo, sobre la «docilidad» del puertorriqueño. Los estrechos límites geográficos del país, la manipulada conciencia de su pobreza natural, su situación estratégica, y, sobre todo, su secular dependencia política, habrían determinado un tipo de sociedad fatalista, necesitada de una fuerte transformación educacional, por lo demás impracticable antes de conseguir la independencia. Discurso que si, de un lado acusaba a las potencias colonizadoras, de otro —la «masedumbre» del puertorriqueño se oponía al espíritu combativo de los cubanos, capaz de poner en serios aprietos a los ejércitos españoles, y, más tarde, de liberar el país de la servidumbre norteamericana— venía a establecer una conclusión sin salida sobre la dramática y «biológicamente» insuperable dependencia del pueblo de Puerto Rico. Nada tiene, pues, de particular que hombres jóvenes, como Juan Angel Silen, se hayan opuesto a esos argumentos, recordando no sólo la vieja historia de la «resistencia

puertorriqueña», sino la agudización de esa lucha en los tiempos presentes. Una lucha asentada en numerosas razones económicas, culturales y políticas, **estructurada a través de diversos partidos y actuaciones, cargada, en fin, de un peso que apenas dejaron vislumbrar durante años las agencias de noticias —limitadas a recoger los hechos «límite», indefectiblemente calificados de terroristas— pero que hoy, con el respaldo del Comité de Descolonización de las Naciones Unidas, se ofrece ya como una seria exigencia en el marco de la realidad política internacional.**

ESTADIDAD, INDEPENDENCIA Y ESTADO LIBRE ASOCIADO

Sería tal vez fatigoso repetir aquí la lista de partidos y de alianzas que cubren la historia política de la colonia norteamericana de Puerto Rico. Partidos que fueron un día fuertes, se disolvieron al no poder afrontar las nuevas situaciones. Otros modificaron su teoría, siendo, entre todas, las más sonada modificación la que acaudilló Luis Muñoz Marín, defensor primero de la independencia, propugnador más tarde de un proceso gradual que condujese a ella, bastión, al final de su carrera política, del Estado Libre Asociado, que es el actual «estatus» del país.



El movimiento independentista crece por días en Puerto Rico, asimilando cada vez más amplias masas populares. Esta marcha desarrollada en el sector obrero de Santurce (San Juan) en apoyo de la Conferencia Internacional de Solidaridad con Puerto Rico, puede ser un símbolo.



Si de la colonización española extrajo el pueblo puertorriqueño diversos valores culturales ya inseparables de su entidad nacional, también recibió con ella una serie de violencias y humillaciones culminadas con el traspaso de la soberanía entre España y los Estados Unidos. (En el grabado, entierro en San Juan del Gobernador español de la isla, González Muñoz.)

La historia de los partidos políticos puertorriqueños no escapa a lo que tantas veces es limitación del demoliberalismo. Partidos que compraron los votos, líderes que utilizaron los partidos en su propio beneficio personal, alianzas encaminadas al simple trunfo electoral y subsiguiente reparto de las prebendas burocráticas, etc., etc., con la inevitable y dramática disociación entre lo que vamos a llamar necesidades políticas de los políticos—necesidad de poder— y necesidades políticas del país. Aun así, y pese a los intentos, a menudo victoriosos, del gobierno norteamericano para perpetuar este juego de la «clase política» al margen de los cambios reales de la sociedad— con lo que muchos partidos seían de protector parapeto de Washington, tanto en el orden interior como para ofrecer una determinada imagen internacional del país—, en los partidos políticos de Puerto Rico encontramos no ya una serie de figuras ejemplares, sino el debate que ha permitido ir decantando los términos del actual independentismo. Como es lógico, nadie ha abogado por la «dependencia colonial» respecto de los Estados Unidos. Eso sería, aparte de inmoral, una con-

tradición básica tratándose de una organización política de Puerto Rico. Sin embargo, sea cual fuera el término empleado, esa ha sido, en el fondo, la cuestión: si Puerto Rico debía supeditar su existencia a la política norteamericana o si debía ser un país independiente, libre y soberano.

Importa ya decir —y eso liga con los apuntados juicios de René Marqués— que la colonización española privó a la gran mayoría puertorriqueña de lo que podríamos llamar una conciencia política. Es evidente— y bastaría leer algo de lo mucho que escribieron los independentistas para conmemorar el Centenario del Grito de Lares— que algunos sectores de la Isla sí lucharon, a veces hasta la muerte, contra la metrópoli española. Pero, a niveles prácticos, para la mayoría fue necesario vivir con el sentimiento de que su entidad nacional no era respetada. Recordemos también la literatura «democrática» que el presidente McKinley empleó en sus notas contra el gobierno español de la época; agreguemos lo que va de la imagen de un viejo y ya decadente país a una potencia joven y poderosa. La conclusión no podía ser otra: para la mentalidad colonizada,

el nuevo amo era mejor que el antiguo y todo el problema consistía en sacarle el mayor partido posible, incluida la hipótesis de que la independencia fuera gradual y paternalmente concedida. Desde esta perspectiva, la estrategia del «dependentismo» ha sido diversa y ha tenido su expresión más radical en la voluntad de convertir a Puerto Rico en uno más de los Estados de la Unión. Sin embargo, y pese a haber ganado en alguna ocasión las elecciones el partido defensor de la «estadidad» —concretamente, en el año 1968—, esto se ha debido a las disensiones en los partidos rivales y a la previa promesa de que el «status político de Puerto Rico no entraba en juego. Porque la tragedia de Puerto Rico está en la existencia de una especie de conciencia nacional contradictoria que, si de un lado, tiene claro que el país posee una entidad histórico-cultural totalmente disociada de los Estados Unidos, del otro, teme perder su tutela, a la que liga —y la propaganda refuerza este sentimiento— una serie de ventajas económicas y aun políticas. La imagen negativa de tantas repúblicas latinoamericanas —pensemos en las muy cercanas de Haití y Santo Domingo—, cuya independencia no ha resuelto la miseria, además de abocar en claras dictaduras personales, ha ejercido su natural influencia. Estados Unidos ha irradiado una imagen poderosa; y la «concesión de la nacionalidad norteamericana» pareció a muchos —sobre todo cuando no ha sido necesario intervenir en las guerras de Washington— una ventaja, que permitía, entre otras cosas, la libre emigración a Nueva York. La paradoja de saberse un país y el temor de serlo la afrontaban los defensores de la «estadidad» señalando que para un puertorriqueño no había más patria que Puerto Rico, aunque su nación pudiera ser los Estados Unidos. Más aún, el conflicto entre la cultura del país y la de sus dominadores intentaba presentarse —sin atender a las razones económicas y estratégicas de la actitud norteamericana— como un fenómeno feliz, a través del cual cada parte sumaba sus rasgos específicos para el logro de un resultado que se quedaba con lo mejor de cada uno.

De esta tensión entre la conciencia nacional y el miedo a la independencia, surgió la fórmula que actualmente rige en el país y que cuenta con el beneplácito norteamericano. Se trata de la figura del Estado Libre Asociado, que concede a los puertorriqueños la soberanía en una serie de materias secundarias y reserva a la Administración de los Estados Unidos todo lo fundamental: el control de las fronteras, la emisión de la moneda, las altas instancias de la justicia, la ordenación de la política económica —las empresas norteamericanas de la Isla están exentas de impuestos— y la utilización militar del territorio.



Contra la dominación española se produjeron diversas acciones armadas, como la de José Martí —cuyo retrato vemos—, quien pensaba a un tiempo en la independencia de Cuba y en la de Puerto Rico. Pero la lucha contra la prepotencia americana es en la actualidad aún mucho más nítida y activa.

De hecho, la fórmula fue aceptada casi unánimemente en el año 51, quizá porque muchos la consideraron el paso obligado de un proceso hacia la independencia. Y, también, porque los Estados Unidos conservaban un crédito que los años posteriores no han hecho otra cosa que deteriorar.

Desde entonces hasta hoy el independentismo ha acrecentado su fuerza, aunque convenga siempre recordar que se trata de un movimiento prácticamente ininterrumpido a lo largo de las décadas. Pedro Albizu Campos, el viejo líder del Partido Nacionalista, sería, en este campo, la figura más significativa. Detenido y encarcelado en los años treinta, su nombre tipifica la desconfianza ante la negociación política con los Estados Unidos. Para él el Tratado de París fue un acuerdo entre Madrid y Washington que en nada obliga al pueblo puertorriqueño. Esperar que los intereses norteamericanos, que nombraban in-

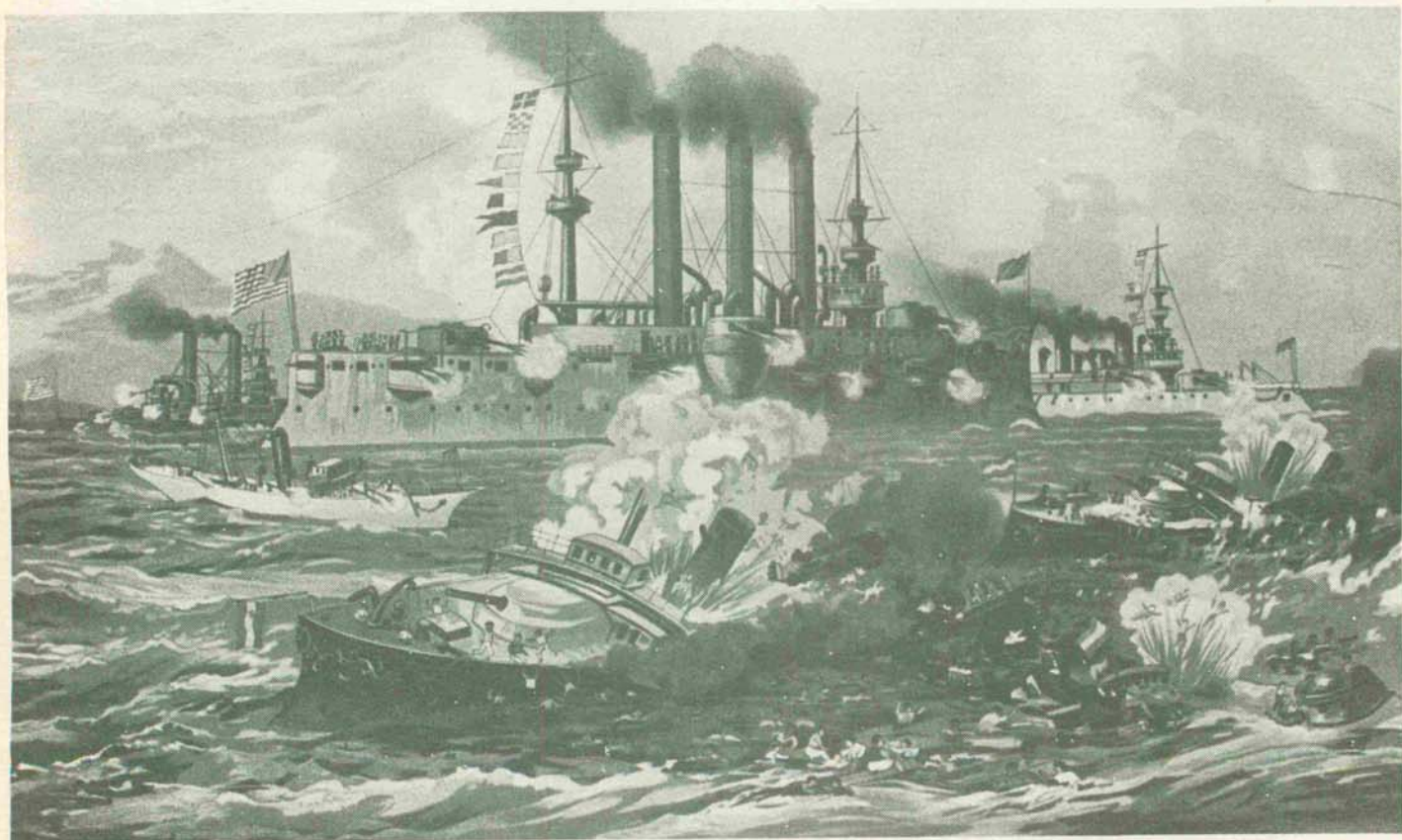
cluso al gobernador del país hasta que, bastantes años después, Luis Muñoz Marín consiguió instaurar la lista de los gobernadores —ahora bajo el «status» del Estado Libre Asociado— salidos de las uranas puertorriqueñas, era una ingenuidad. Había, por el contrario, que desarrollar una lucha frontal contra los Estados Unidos, en la que pronto aparecerían una serie de acciones y de réplicas gubernamentales, entre las que la llamada Masacre de Ponce —en cuya ciudad dispararon las fuerzas del orden el 21 de marzo de 1937, contra una concentración de desarmados nacionalistas, matando a diecinueve e hiriendo a más de un centenar— fue la más sangrienta e injustificada.

Pero, ya sea porque el nacionalismo no contaba con las clases obreras, para las que no estaba claro —y esa fue una de las tesis de Santiago Iglesias, de origen español, fundador y líder del primitivo Partido Socialista de Puerto Rico— que valiera la pena cambiar el capitalismo norteamericano por la ologocracia nacional, ya fuera porque los Estados Unidos seguían ejerciendo un gran atractivo económico e incluso político sobre las masas puertorriqueñas, lo cierto es que el independentismo fue sostenido durante mucho tiempo por un sector relativamente pequeño aunque decidido.

Así hasta que, poco a poco, se fueron consolidando varios fenómenos históricos, que han

alterado profundamente la mentalidad de un amplio número de puertorriqueños y que han hecho del avance que pudo suponer en su día la creación del Estado Libre Asociado una concesión insuficiente.

Nos encontraríamos, en primer lugar, con el creciente descrédito internacional de los Estados Unidos. Desde la bomba de Hiroshima al escándalo de Watergate, pasando por las guerras de Corea y del Vietnam, las solapadas intervenciones de la CIA, y, sobre todo, la nueva imagen imperialista de Norteamérica, el puertorriqueño tendría ante sus ojos numerosas razones para juzgar a la metrópoli. El proceso internacional de descolonización le habría hecho también pensar sobre la singularidad de su dependencia, frente a la cual se alzaría toda la teoría de los movimientos nacionales de liberación. La revolución cubana, al margen incluso de su carácter socialista, aparecería, por cuanto ha habido y hay en ella de desafío a los Estados Unidos, como una prueba de que el gigante puede, en determinadas circunstancias, ser inmovilizado. El tema de la independencia puertorriqueña se encuadraría, así, en un amplio temario internacional, desbordando la que pudo un día ser tomada por lucha quimérica entre un pequeño pueblo y una primerísima potencia. La inclusión del tema de Puerto Rico en las Conferencias de los Países No Alineados, la posibilidad de que los líderes de los dos grandes partidos



El episodio del «Maine» supuso el fin del colonialismo español en Centroamérica. Nuestra flota (de la que forma parte el «Almirante Cervera», cuya destrucción contemplamos) quedó arrasada ante la supremacía de los barcos norteamericanos. Estados Unidos quedaba con las manos libres para imponer su dictado en el continente.



Pedro Albizu Campos (1891-1965), líder del Partido Nacionalista puertorriqueño y una de las figuras máximas en la lucha contra el colonialismo americano. Detenido en 1936, fue condenado a diez años de prisión por «conspiración contra Estados Unidos», pena que se repetiría en ocasiones posteriores.

independentistas —concretamente, Rubén Berríos y Juan Mari Brass— fueran oídos en las Naciones Unidas, el hecho de que la Organización internacional rechazara así el esfuerzo de la diplomacia norteamericana por presentar a Puerto Rico como un pueblo que gozaba de un gobierno libremente elegido, las manifestaciones de solidaridad recibidas de la propia izquierda norteamericana, la revalorización cultural y política de América Latina —y no se olvide que José Martí pensó, aun tiempo, en la independencia de Cuba y en la de Puerto Rico—, habrían contribuido decisivamente a acrecentar el espíritu de resistencia. Si durante varias décadas los valores «norteamericanos» habían tenido que ser aceptados como superiores, del mundo entero llegaban ahora testimonios opuestos a esa jerarquía.

Paralelamente, los Estados Unidos se aferraban al «status» del Estado Libre Asociado para encubrir la realidad política, económica y militar de la colonia. Ahora dejaban de ponerse cortapisas a la manifestación de la identidad puertorriqueña; se arrinconaba la pretensión de imponer el inglés; se permitía que ondeara la bandera del país al lado de la nor-

teamericana; se hacían cuantas concesiones irrelevantes pudieran tranquilizar a los puertorriqueños; se maniobraba en la ONU no ya para negar las *alegaciones de los independentistas*, sino para aplazar el debate... El problema era de orden económico y una manera de proteger al capital norteamericano —que sobrepasa el 80 por 100 de las explotaciones de la Isla— consistía en silenciar la cuestión, transigiendo en todo lo que fuera secundario. El Partido Popular Democrático —el PPD, creador y sostenedor del ELA— y el Partido Nuevo Progresista —defensor de la «estadidad»—, íntimamente relacionados con los dos grandes partidos de los Estados Unidos, pese al desenfado semántico de sus nominaciones, eran los encargados de crear la teoría del bien estar material y de la paciencia. «¿Qué importa el «status político»? —me decía en La Fortaleza, uno de los edificios gubernamentales de San Juan, un alto dirigente del PPD— **Lo que cuenta es el «status económico» y es evidente que el nivel de vida de los puertorriqueños se debe a la presencia norteamericana. Nuestro deber consiste en reivindicar cuantas prerrogativas políticas no pongan en cuestión ni en peligro esa presencia.**

Pero a los muchachos que quemaron las cartillas militares para no ir a las guerras de Corea y del Vietnam, o a los que fueron y murieron en ellas, o a las mujeres esterilizadas por los servicios de Salud Pública, o a esa tercera parte de la población puertorriqueña que tuvo que ir a los Estados Unidos en busca de trabajo, mientras el propio país se abría a un amplio y próspero contingente de cubanos anticomunistas, les importaban poco las imágenes de un bien estar del que no participaban. Con lo cual habríamos llegado a otro punto quizá fundamental en el moderno desarrollo del independentismo: me refiero a la incidencia del socialismo.

INDEPENDENCIA Y SOCIALISMO

El hecho de que Cuba aparezca como un estímulo del movimiento de independencia permite decir a algunos que dicho movimiento se ha mimetizado. Lo aseguran, por supuesto, todos los que manejan el anticomunismo como un argumento contundente. También, en tono más dubitativo, lo apuntan algunos nacionalistas a ultranza, para quienes la actual relación —por no decir identificación— entre socialismo e independencia es una calamidad que sólo puede contribuir a retrasar esta última. «¿A qué viene hablar ahora de socialismo?», sería su argumento. «Con ello asustamos a un sector de la pequeña burguesía tradicionalmente independentista, favorecemos la aplicación a nuestro movimiento de los argumentos del anticomunismo, y creamos, en definitiva, una serie de divisiones

ideológicas cuyo resultado no puede ser otro que retrasar la lucha por la independencia». Sin embargo, tal vez esto no sea cierto. Si el Partido Independentista Puertorriqueño —el PIP, formado por quienes consideraron el proceso del ELA, demasiado pronto inmovilizado, como una traición del PPD— fue perdiendo adeptos, o si el Partido Nacionalista, tan activo en los años treinta, ha dejado de ser hace mucho tiempo una fuerza política, la razón hay que buscarla en la insuficiencia de una teoría que sólo aspiraba a la soberanía nacional. Porque, ¿qué es la soberanía nacional a secas y quiénes serían los encargados de administrarla? Ya hemos hecho alusión al papel que en este orden desempeñó Santiago Iglesias, para quien estaba más claro colocar a la clase trabajadora puertorriqueña en el cuadro de las reivindicaciones y movimientos sindicales de los Estados Unidos que matarse por un cambio de patrón, lo más probable dentro de un sistema político oligárquico. De ahí el alcance de los nuevos planteamientos y la posibilidad que conllevan de ganar a las clases obreras para el independentismo.

Entraría en juego la siguiente consideración: ¿para qué conseguir la independencia si se dejaban los medios de producción en manos de un capital que es norteamericano en su inmensa mayoría?, ¿no supondría esto, acaso, conservar una dependencia económica que es, en definitiva, lo que interesa a los Estados Unidos y en función de la cual —aparte de las razones militares a que le obliga, sobre todo, la realidad cubana— mantiene ahora la colonia? Evidentemente la única respuesta a tales preguntas es que la independencia de Puerto Rico presupone la conquista de esos medios de producción. ¿Y no es lógico que ello implique la creación de un sistema socialista?

Resulta, además, que, muy lógicamente, las grandes víctimas de la colonización norteamericana de Puerto Rico han sido, sobre todo, las clases populares. El hecho de que la industrialización de la Isla haya creado puestos de trabajo, que Puerto Rico haya sido durante años —y digo «haya sido» porque la crisis actual, con cierre de hoteles e infinidad de apartamentos veraniegos sin vender, es innegable— uno de los reclamos del turismo norteamericano, o que los barrios residenciales de San Juan traspiren la potencia del dólar, son datos secundarios si los comparamos con la miseria material y moral de la gran masa puertorriqueña, en buena parte obligada a emigrar a los Estados Unidos.

Si el colonialismo —como explica muy bien Antulio Parrilla, obispo puertorriqueño y personaje extraordinario— es un desarrollo del capitalismo, necesitado de mano de obra barata y de mercados donde vender a buen precio la producción, parece lógico que la lucha



contra el colonialismo acabe siendo también una lucha contra el capitalismo. Si los intereses capitalistas manipularon políticamente la Isla, crearon las industrias más rentables, abandonaron la agricultura por estimar que las limitaciones de espacio impedían una mecanización radical, obligaron a miles de campesinos a abandonar su patria, y, en definitiva, crearon todo el aparato de poder que constituye lo que llamamos una colonia, es fácil concluir que la destrucción de este aparato comporta inevitablemente la destrucción de todas las fuerzas que lo sustentan. Lo que no supone, claro, renunciar a sus niveles de producción.



Dirigentes de partidos políticos portorriqueños, encabezando una marcha en pro de la independencia: (de izquierda a derecha) Norma Valle, Noel Colón, Juan Mari Bras, José Milton Soltero y Carlos Gallisá, todos ellos unidos en la primera y más importante reivindicación que hoy tiene planteada su país, el alejamiento del gigante americano.

Nada, pues, más explicable que la actual relación entre socialismo e independencia, a través de la cual se han incorporado al viejo movimiento de liberación nacional una serie de cuadros y sectores obreros, muy significativamente maltratados en las declaraciones y actuaciones oficiales.

Ahora bien, decir «socialismo» no es establecer la existencia de un objetivo unívoco. Porque —en claro paralelo con las disensiones que también existen en otros países— aparecen en este frente hasta tres partidos distintos y dignos de la máxima atención. En primer lugar, por antigüedad, estaría el PIP, del que

ya hemos hablado. Planteado en torno a la figura de Rubén Berríos, e integrado por la pequeña burguesía liberal del país, sufrió una profunda crisis a raíz de la declarada voluntad de muchos de sus militantes de asumir una serie de postulados socialistas y de acabar con la dirección personalista. La crisis le costaría al PIP la pérdida de figuras como Carlos Galliza —incorporado ahora al PSP— y Noel Colón, candidato a gobernador de Puerto Rico por el PIP en las elecciones del 72, y, no hace mucho, jefe de la delegación de Puerto Rico en la Conferencia que, sobre el tema de la independencia de su país, se celebró en La Habana.

Después, estaría el PSP, que se define como un partido marxista-leninista, y al que los del PIP la han pedido en alguna ocasión que cambie su nombre por el de Partido Comunista. La petición, en todo caso, no es descabellada, porque el PIP es quien mejor representa la idea de la socialdemocracia, incluidas las históricas reservas hacia el comunismo, mientras el PSP, que es un partido de fuerza ascendente, mantiene excelentes relaciones con el gobierno de Fidel Castro y con todo el mundo del Este, relegando a un plano secundario al Partido Comunista puertorriqueño, instalado en el área disciplinada y ortodoxa de la línea soviética. El PSP, nacido del desarrollo del MPI —Movimiento Pro Independencia— es hoy, en Puerto Rico y en Nueva York, la organización de más peso dentro de la nueva alianza de los conceptos de socialismo e independencia. Su presencia en el panorama político puertorriqueño la resumía así Florentino Merced, uno de los miembros de su Comisión Política:

«Uno de los grandes avances que registra nuestra concepción estratégica reside en haber roto con el cordón umbilical que mantenía con el liberalismo nuestro independentismo más radical y progresista. Ese cordón umbilical consistía en colocar la decisión final sobre nuestra independencia en las manos de Washington. Eso fue así desde las posiciones presentadas y sostenidas por José de Diego hasta las de Pedro Albizu Campos y el nacionalismo puertorriqueño. De Diego siempre esperó de Washington la decisión de concederle la independencia a Puerto Rico; el nacionalismo ra-

dical y aguerrido, bajo la dirección de Albizu Campos, delineó una estrategia de lucha dirigida a obligar a los yanquis a reconocer nuestra independencia. El Partido Socialista Puertorriqueño plantea que la independencia de Puerto Rico será el resultado de un acto de autodeterminación de nuestro pueblo, con su clase obrera a la cabeza, donde se proclamará la República Democrática de Trabajadores y se hará valedera esa proclamación por todos los medios revolucionarios a nuestro alcance. Lo anterior, independientemente de la voluntad de Washington y como resultado de nuestra propia lucha y de la solidaridad de los pueblos del mundo.»

Con menor resonancia, tendríamos también el Partido Socialista Revolucionario, que se define como «marxista-leninista, pensamiento Mao Tse Tung», y que ataca al PSP, tanto por incluir la lucha electoral en su estrategia —el Partido Socialista Revolucionario cree en la necesidad de los cuadros clandestinos y en la lucha armada— como por su teoría sobre la inmutable nacionalidad puertorriqueña de la emigración hoy encuadrada en el proletariado norteamericano. Sector que para el PSR constituye una «minoría nacional» de los Estados Unidos, que debe, por tanto, organizarse sin supeditación ninguna a las directrices emanadas de San Juan.

Este sería, en líneas generales —además de algún grupúsculo y de quienes, como los citados Antulio Parrilla y Noel Colón, militan en el independentismo sin pertenecer a ningún partido concreto— el cuadro de las fuerzas de la



Mitín independentista presidido por Noel Colón, presidente del Consejo Portorriqueño de la Paz, candidato a Gobernador de Puerto Rico en las elecciones de 1972 y uno de los políticos más prestigiosos de la isla como dirigente del P.I.P., Partido Independentista Puertorriqueño.

En la famosa obra teatral «Puerto Rico ¡Fua!» (de la que vemos una escena), se glosa con amargura y humor el sentimiento de inferioridad —expresado a través del resignado «¡Ay Bendito!»—, con que el portorriqueño solía responder a todas sus calamidades— que padece aún hoy la mayor parte de la población.



independencia frente a los dos partidos «conservadores» —el de la «estadidad» y el defensor del Estado Libre Asociado—, conformando una realidad política que se refleja en las diversas áreas de la sociedad puertorriqueña, desde la Universidad o los movimientos artísticos a la posición de las distintas y cada vez más activas organizaciones obreras.

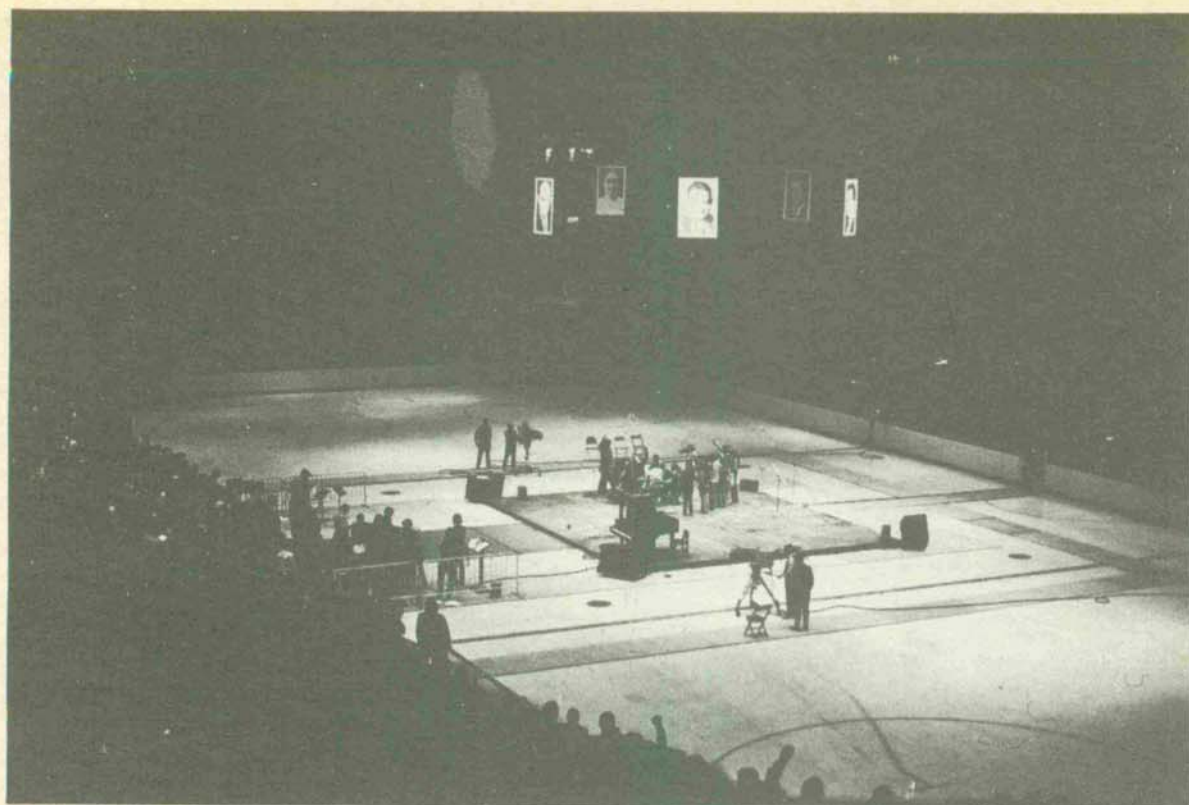
CONTRA LA MENTALIZACION COLONIAL

Cuando, en el año 1968, los partidos de la «estadidad» ganaron las elecciones —aprovechando, como hemos dicho, la escisión del PPD—, se apresuraron, entre otras cosas, a colocar una placa en el aeropuerto de San Juan, en la que se recordaba a los viajeros que estaban pisando la más vieja ciudad de los Estados Unidos. La placa estaba escrita, naturalmente, en inglés. Y formaba parte de una campaña para formar, al margen de los solemnes pronunciamientos políticos, la «mentalidad» de los puertorriqueños. Hoy esa placa ya no existe y hasta casi resulta inconcebible. Porque la «mentalización» independentista, tanto por las razones históricas generales apuntadas como por la capacidad del PSP para divulgarlas y aprovecharse de ellas, es incuestionable. Ya no es necesario ceñirse a la cita de jornadas memorables, en las que, por ejemplo, el estudiantado de la Universidad de Río Piedras combatió contra el centro de educación militar incluido en su recinto, o se multiplicaron las manifestaciones pacíficas con-

tra el intento de construir un inmenso ecológicamente catastrófico superpuerto, o se cuestionó el destino militar de la Isla de Culebra... Esos son hechos, entre otros muchos, que han servido para expresar la creciente conciencia independentista del pueblo puertorriqueño, manifestada en múltiples campos, siendo quizá uno de los fenómenos más significativos la general resistencia a que fueran explotados una serie de recién descubiertos recursos naturales.

Este último dato es importante, porque, en el plano de la mentalidad social puertorriqueña, presupone la paulatina pérdida de un elemento consustancial a toda colonización: el sentimiento de inferioridad y de pobreza —o, en otros casos, de incapacidad para explotar las riquezas— del colonizado.

Es obvio que los yacimientos aludidos tendrán un relativo valor en la economía de un hipotético Puerto Rico independiente. Pero su descubrimiento —y así lo he deducido de muchas conversaciones tanto en San Juan como en diversos lugares de la isla— incide sobre la psicología puertorriqueña como un factor altamente revolucionario. Amplios sectores siguen considerando con temor las posibilidades reales de un Puerto Rico independiente, pero, en otros, se respira la creciente decisión de asumir a Puerto Rico tal y como es, en cuyo proceso resulta psicológicamente importante el citado descubrimiento.



La cuestión portorriqueña va ganando adeptos por el mundo a medida que se comprenden las justas razones en que se basa. Las diversas declaraciones del Comité de Descolonización de la ONU —la última efectuada hace unas semanas— apoyan las tesis de los independentistas, vistos solidariamente incluso en Estados Unidos, como en esta Jornada de Solidaridad celebrada en el neoyorquino Madison Square Garden.

En una famosa obra titulada «Puerto Rico ¡fua!», se glosa, con amargura y humor, el sentimiento de inferioridad —expresado a través del resignado «¡Ay Bendito!»—, con que el puertorriqueño solía responder a todas sus calamidades— que padece la mayor parte de la población. La lucha contra ese sentimiento —que incluye la docilidad propia de cuantos «necesitan» la protección de los fuertes— constituye en verdad un capítulo fundamental en la ampliación de la base independentista. Numerosos estudiosos han creído ver en el alto índice de criminalidad de Puerto Rico y en otra serie de expresiones asociales la manifestación de la profunda inseguridad del hombre colonizado, sometido a la alternativa de vivir bajo tutela o disponerse a afrontar compulsivamente la realidad. Liberar al puertorriqueño de ese círculo, ayudarle a asumir sin complejos su entidad cultural e histórica, evitar que tome su situación por «un caso especial», conseguir que se sienta responsable y creador de la realidad política, es, sin duda, una árdua batalla contra varios siglos de opresión material y psicológica. Una batalla en cuyo desenlace —quizá antes que en la pobreza que sume a una gran parte de la isla o incluso en la crisis de diversas áreas económicas del capitalismo— se sienta la posibilidad de que el pueblo puertorriqueño, aprovechando las circunstancias favorables, alcance su independencia.

Las gestiones constantes del mismo PPD para conseguir de Washington la concesión de nuevos poderes a la Administración puertorriqueña prueban que hoy nadie quiere contra-

decir frontalmente el sentimiento independentista. Se prefiere silenciar el tema y entrar en juego de concesiones secundarias que puedan satisfacer y aquietar a quienes, dominados secularmente por la mentalización colonial, muestran un creciente afán de liberarse. Crear la confusión, hacer sentir al puertorriqueño que la independencia es la pobreza, el caos y quién sabe si la caída bajo nuevas y peores influencias, aprovechar la ingenuidad y la demagogia en que incurren a veces los hombres de la izquierda, fomentar la incomunicación entre Puerto Rico y el mundo —lo cual refuerza ese sentimiento de impotencia a que antes nos referíamos—, poner toda la publicidad al servicio de la moral del consumo y la satisfacción individual, presentar los servicios de la Asistencia Pública como un generoso maná que acabaría con la independencia... he aquí los elementos con que se intenta, antes que con la argumentación específicamente política, el mantenimiento del «hombre colonizado».

Quebrar esta trayectoria, responder con serenidad a la opresión —porque no baste con declararse independentista, ni con ser militante de un partido—, tener clara la realidad en que se vive y sus verdaderas y complejíssimas vías de transformación, es el gran desafío que tienen planteado los futuros hombres libres de Puerto Rico. Un desafío que acaba de ganar, con la Declaración del Comité de Descolonización de las Naciones Unidas, un nuevo reconocimiento. Aunque de momento se quede en lo que suele llamarse una victoria moral... ■ J. M.